

Hace 10 años, el 21 de julio de 1946, murió

TRICKY SAM

Por Madeleine Gautier

Traducción: C. MADRID

Me acuerdo que cuando Duke Ellington y su orquesta vinieron a Francia y actuaron en el Palacio de Chaillot, cada vez que Tricky Sam se acercaba al micro para ejecutar un solo, el público reía a causa de los *wa was*. Recuerdo también que en América, una noche que Duke daba un concierto en una gran Universidad de Harlem, el público de color escuchaba atentamente con un placer silencioso, cuando Tricky tocaba.

En todas partes y siempre, cuando Tricky ejecutaba un solo, tenía ese mismo aire triste y ausente, serio. Tricky se colocaba conscientemente delante del micro, los pies juntos, ligeramente inclinado, tocaba su solo y se retiraba, insensible a las reacciones del auditorio. Tricky era el elemento más negro, más *low down*, más nostálgico de la orquesta.

Tricky Sam despedía una infinita melancolía. En esta deslumbrante orquesta, él daba la impresión de no saber tocar más que algunas frases, y Duke Ellington le hacía surgir siempre en el momento preciso donde él quería desviar al auditorio, hacerlo balancearse de risa o de emoción. Y si se reía en ese momento, a causa de los *wa was*, se reía en el momento más serio de la interpretación.

Esto es precisamente la belleza de interpretación y la personalidad musical de Tricky Sam: éste se manifestaba de tal manera que se podía tomar su música por las dos puntas, maravillosamente sencilla y conmovedora, o bien agitada como grito de animal de una fauna ignorada. La manera con que Tricky manejaba su trombón con las inflexiones más nostálgicas era tan llena de audacia que un oído no acostumbrado a este género de música se hallaba un poco desviado. Los diferentes efectos de sordina que Tricky empleaba en un mismo coro tenían el aire de un truco para hacer reír, mientras manifestaban lo contrario, el alma negra en sus rincones más ignorados. Cuando no se está acostumbrado al jazz, se es llevado a reír de la manera que Tricky Sam tocaba su trom-



Joe «Tricky Sam» Nanton, con otros dos solistas de la Orquesta Ellington en 1930; Arthur Whetsol, trompeta y Barney Bigard, clarinete

bón. «Todo esto no es muy serio», se dice el melómano.

El jazz es precisamente eso: una cosa poco seria, un retoño convertido en flor sin que nadie se aperciba. Tricky Sam estaba forjado de tierra caliente y seca del Sur, con un aire de aldeano madurado en el silencio. Era de aquellos que sin resplandecer, retienen el recuerdo por que se apercibe con el tiempo de lo que tienen que hacer y lo hacen siempre perfectamente, sin jamás defraudar y eso le sostiene. La música de Tricky Sam responde siempre «presente». El estaba allí solamente en el momento preciso, desprovisto de toda intención de complacer, de toda intención sencillamente, un simple SI modesto, a la llamada de su jefe, un sí limpio que hacía blanco en todas las ocasiones. Tricky Sam no buscaba el efecto, él trabajaba en su música como un labrador labra su campo y cuida sus bestias en la calma de la naturaleza. Tricky Sam era un músico que crecía y se hacía grande sin que nadie lo pueda dudar; después, un día él muere y nos apercibimos, por el vacío que él nos deja, del lugar que ocupaba.

— Igual que en un circo vemos el

clown con la nariz encendida y vestido de trajes muy grandes errar adrede el golpe, lanzarse sin consideración de un trapecio a otro para volver a caer en la red, sacar en el momento de su caída un vaso lleno de cerveza y beberlo con deleite, Tricky Sam, en medio de un trozo serio y grave, sembraba en las muchedumbres el pánico alegre de sus *wa was* insólitos y, arrancándolos a las redes de las esferas etéreas, les tendía, impasible, una copa de néctar espirituoso que ellas dudaban de tomar.

Ahora que está muerto, aquellos que lo quisieron, comprueban con infinito dolor que Duke Ellington no ha encontrado a nadie para poder suplir la plaza vacía de Joe Nanton.

¿Un buen regalo?...

Skin

GRANOLLERS